



respuesta tangencial, nada científica, con visos más bien de panfleto ("il manicomio è la psicosi", me dijo en una simplificación tal que hacía imposible que el diálogo transcurriese en el mismo nivel lógico para ambos), tras la que uno quedaba con un cierto grado de perplejidad, que desaparecía ante la evidencia de lo que, a pesar de todo, había logrado. Por fortuna, no sólo para él, sino para los reclusos, conoció el hecho importantísimo e insólito de que la ley hiciese suyo su planteamiento y reconociese los derechos del enfermo mental a ser respetado como persona en su voluntad de recluírse o no, someterse a tratamiento o no, algo que la lucha de dos décadas de un Thomas Szasz no ha podido conseguir todavía en Estados Unidos.

Europa Press

## La audacia de Franco Basaglia

Carlos Castilla del Pino

**E**N la historia de la Psiquiatría —no de la antipsiquiatría, que eso no existe, y de existir sería, en todo caso, la mala Psiquiatría—, Franco Basaglia tiene asegurado un puesto. La historia de la Psiquiatría es, como, por ejemplo, la de la Física o la de la Química, historia de una teoría y de una práctica. "La teoría è il capitano e la pratica sono i soldati", decía Leonardo da Vinci. No obstante, el inventor, un Edison, un Werner Braum, pongamos por caso, tienen un tipo de imaginación que no siempre, por no decir ni la mayoría de las veces, toman prestado del tipo de imaginación que el teórico le ofrece: van por su lado, como la mayor parte de los que llevan a cabo **aplicaciones**. Una persona de este orden era Franco Basaglia. Supo, naturalmente, Psicopatología y Psiquiatría clínica, pero sobre todo tiró por la calle de en medio e hizo, con-

tando apenas con presupuestos teóricos, mostrando, sin embargo, a los demás lo que se podía hacer a partir de lo que otros sabían muy bien y no hacían. Su gran acierto fue esto: su audacia. Hizo realidad, con todos sus riesgos, incluso para él mismo (recuérdese su proceso, del que salió absuelto), lo que creía que se debía y se podía hacer: poner en la calle a los manicomiados y obligar a la sociedad italiana a que contase con ellos en el seno de ella misma. En los últimos tiempos —la última vez este año, en febrero, en los coloquios de Salt, en Gerona—, cuando se le preguntaba por qué hacía lo que hacía, respondía siempre lo mismo: un discurso nada teórico, perfectamente aprendido a fuerza de reiterado aquí y allá, expuesto con ese talento verbal enorme de que dan muestras la mayoría de los italianos, después de milenios del mejor ejercicio del lenguaje; una

Franco Basaglia era una persona muy consciente de su misión, pero nada mesiánica. A él podía aplicársele el verso con el que comienza el soneto de Leonardo da Vinci, que copió Lomazzo:

*"Chi non può quel che vuol, quel che può voglii".*

Quiso, en efecto, lo que pudo. Y poseía en grado sobresaliente algo enormemente sugestivo en esta sociedad de hoy: honestidad, capacidad para la denuncia sin ambages, intolerancia ante los que, de modo oportunista, pretendían ahora uncirse al carro de esa Psiquiatría práctica que él puso en circulación, para muchos Psiquiatría de futuro, para él Psiquiatría de hoy. "Si usted dice estar de acuerdo conmigo, por qué no hace lo que hacemos nosotros y deja de hacer lo que hace", respondió en cierta ocasión al oportunista de turno, y lo dejó en silencio.

Nada hacía sospechar, hace tan sólo seis meses, que Franco Basaglia tenía hipotecados sus días. Sin embargo, pese a sus cincuenta y seis años, Basaglia ha muerto cuando ya podía morir: dejó hecho lo que aspiró a hacer. Ahora habrá que proseguirlo y completarlo. ●